

C. 127440.

Al Sr. D. E. Defensor de la Libria D. L. 1883

*Sobre la Moralidad pagana
y la cristiana.*

Secretario

CUATRO PALABRAS

LEIDAS

POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO DE 2.º ENSEÑANZA

ESTABLECIDO

EN

EL RASILLO DE CAMEROS,

DR. D. JOSE SAENZ NAVARRETE,

EN EL

ACTO DE LA APERTURA DEL CURSO DE 1870 A 1871.

R. 23.389



LOGROÑO:

Establecimiento tipográfico de la viuda de Verdejo,

CALLE DE LA COMPAÑIA, 23.

**R
1883**

R
1583

CUATRO PALABRAS

LEIDAS

POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO DE 2.^a ENSEÑANZA

ESTABLECIDO

EN

EL RASILLO DE CAMEROS,

DR. D. JOSE SAENZ NAVARRETE,

EN EL

ACTO DE LA APERTURA DEL CURSO DE 1870 A 1871.

R. 23.389



LOGROÑO:

Establecimiento tipográfico de la viuda de Verdejo,
CALLE DE LA COMPAÑÍA, 23.

A MI MADRE.

Recibid, querida Madre, estas mal pergeñadas líneas; débil espresion del tierno amor filial con que late el corazon de vuestro hijo

José.



«Dadme un pueblo moral é ilustrado, y yo le daré todas las libertades políticas y sociales compatibles con el órden...»

¿Qué hay tan seductor en el mundo como el inimitable comunismo del hogar doméstico?....»

Si me dais un pueblo bárbaro é inmoral tendreis que optar entre el despotismo y la anarquía. (Prospecto del Colegio en 1869.)»

 Señores:

Hace hoy un año que por primera vez tuve el honor de dirigiros la palabra. Jamás se borrará de mi memoria el gratísimo recuerdo de la benévola acogida que mis pobres frases encontraron en vosotros. Nuevo y desconocido para casi todos, entre vuestros aplausos enmudeció mi lengua; y lleno de reconocimiento, os prometí volver á hablaros. Vedme aquí dispuesto á cumplir lo prometido.

Entonces, y bajo el mismo lema que encabeza estas líneas, os tracé á grandes rasgos los beneficios de la ilustracion, las incalculables ventajas de la ciencia; os hice ver el género de enseñanza que á vuestros hijos habria de darse en esta casa;

y unánimes disteis la aprobacion mas afectuosa. Feliz mil veces si al acabar de abriros mi corazon, al revelaros las convicciones que sobre moralidad abrigo y segun las cuales juro educar á los tiernos vástagos confiados á mi cuidado, logro ver el menor signo de vuestra aquiescencia y satisfaccion.

I

MORALIDAD — MORAL UNIVERSAL. — MORAL PAGANA.

¿Qué es la moral? Qué se entiende por moralidad?

¿No es una misma la moral en todos los pueblos y en todos los tiempos? La moral, señores, es el conjunto de principios y deducciones prácticas, el sistema de derechos y de deberes á los cuales debe el hombre conformar sus acciones, todas sus acciones, y hasta sus omisiones; es la regla práctica segun la cual deben regularse todos los actos humanos, es decir, todos los actos libres. La moral es la inmutable, la eterna base sobre que descansa el recto uso de la voluntad humana, y sobre la que aparenta descansar aun en sus mayores extravíos. La moral es la bondad, es la justicia misma de Dios; necesaria como El; inmutable como Él, eterna é invariable como Él; es una emanacion, dispensadme la frase, de la divinidad; es la divinidad misma, por decirlo así, reflejada en las criaturas racionales en cuanto son capaces de mérito.

Necesaria he dicho, inmutable, eterna é invariable; y de aquí comprendereis que no puedo colocar la idea, la esencia de lo recto, de lo justo y de lo bueno, en la libre voluntad de Dios en cuanto que á su arbitrio esté ó haya estado la alteracion de los principios fundamentales de la moral: ¡cuánto menos en las falibles y muchas veces erradas apreciaciones de la sociedad! Nó; la divinidad no es lo que es por su libre

voluntad sino por la absoluta necesidad de su esencia; es mas, la divinidad no existiría, la idea de Dios sería una quimera si pudiese no ser lo que es. Si pues la moral es el reflejo de la justicia y bondad de Dios, si es la imágen misma de la bondad divina, como ésta es necesaria; como ésta es eterna; como ésta es inmutable; que no es posible que el reflejo, la imágen y la copia cambien sustancialmente permaneciendo inalterable el original á que se refieren.

Ahora bien, señores, sentadas estas breves premisas de profunda filosofía, en cuyo desenvolvimiento me entretendría con no poca fruicion si la naturaleza del discurso lo permitiera; ¿podrá haber variacion perceptible en la apreciacion de la moralidad entre los diversos pueblos, ó lo que es igual, no será una misma la moral en todos los pueblos y en todos los tiempos?

Oid. En el fondo del alma humana, en lo íntimo de la racionalidad, allá en lo recóndito del ser de hombre hay una doble facultad, de entender y de querer, una doble propension, hácia lo verdadero y lo bueno, y un doble como depósito de verdad y de bondad. Si, señores; en lo recóndito del ser de hombre hay un fondo de verdad que no permite errar siempre, y un fondo de bondad del que no es posible prescindir; y como hay primeros principios especulativos, base de todos los conocimientos científicos del hombre, así hay primeros principios prácticos, verdades morales fundamentales comunes á todos los hombres, á todos los países y á todas las edades. A la manera que á nadie es lícito dudar del principio de contradiccion, así no se hallará quien desconozca la moralidad de aquel otro de *no hagas á tu prójimo lo que no quieras para tí.*

Pero la Naturaleza del hombre es esencialmente finita,

esencialmente limitada, y sus escelencias acaban muy pronto cuando se la considera entregada á sus propias fuerzas. Espuesta á todo género de errores, se la ve caminar de yerro en yerro y de precipicio en precipicio; é inclinada y propensa al mal, no hay especie de absurdo práctico en que con frecuencia no haya caído. Llenas están las páginas de la historia de concluyentes hechos que yo citaría en este momento si no temiese herir vuestra susceptibilidad; porque en efecto; ¿á qué repetiros lo que todos conoceis perfectamente? ¿A qué recordaros, por ejemplo, que hubo pueblos como Esparta y Egipto, y códigos como los de aquellos países que consideraban lícito el merodeo, el robo y el pillaje, es mas, que hacian del arte de robar (en Esparta) uno de los artículos principales de educacion para sus jóvenes? (Plutarco y Sexto Empírico).

¿A qué recordaros que hubo pueblos como Atenas y muchos de los Germanos en que estaba permitida la exposicion pública de los niños cuando sus desnaturalizadas madres no tenian á bien hacer con ellos lo que las bestias mas fieras jamás dejaron de hacer con sus hijos? Ved sin embargo lo que á este propósito dice Mr. Terme en su Historia de los expósitos: «Se encuentran, dice, entre los antiguos poetas cómicos y trágicos numerosos pasages que prueban cuan comun era entre los griegos el abandono de los recién nacidos. Escogian para exponer al niño, las plazas, los mercados, los templos, el punto de reunion de muchos caminos, los bancos de las fuentes, la orilla de los rios, y en una palabra, los sitios mas frecuentados, cuando la madre quería que una mano estraña recogiese á su hijo ó hija; pero si deseaba su muerte, lo abandonaba en lugares desiertos y escarpados, lo depositaba en la espesura de un bosque, en las aberturas de los árboles, ó

lo precipitaba en una cloaca ó en el fondo de un rio, ora envuelto en papiro barnizado de betun, ora acostado en una cesta de junco..... En Atenas se exponian los recién nacidos en un gimnasio llamado Cinosarges. A veces la feliz casualidad llegaba en auxilio del párvulo que sus padres habían abandonado con objeto de darle la muerte. Unos pastores salvaron á Edipo condenado á ser devorado por los animales feroces y abandonado en un sitio desierto, y tambien alcanzó esta felicidad el nieto del rey Gargoris.»

¿A qué decirnos que hubo pueblos como la India y Lacedemonia donde las leyes permitian á los padres matar á sus tiernos niños, degollar, despedazar á sus propios hijos por cualquiera imperfeccion física que del vientre de su madre sacasen ó que despues llegasen á contraer? ¿Pero qué? La sociedad misma tomaba á su cargo la ejecucion de tan bárbaro atentado. «Por lo demas, dice Plutarco hablando de Esparta, desde el momento en que nacia el hijo, no se le permitia al padre criarlo á su voluntad, sino que él mismo lo llevaba á cierto sitio destinado á este objeto, que se llamaba Lesché. Los mas ancianos de la república visitaban al niño, y si lo encontraban hermoso, bien formado en todos sus miembros y robusto, mandaban que se le diera alimento; pero si les parecia feo, contrahecho ó enfermizo, lo mandaban arrojar en un estanque que llamaban vulgarmente los Apotetes, el cual estaba cerca de la ciudad, al pié del monte Taigetes; creyendo que no era útil para el niño ni para la república que viviera, en atencion á que desde su nacimiento estaba dispuesto á ser débil y enfermizo toda su vida.» «Es uso admitido entre los catehenses, dice Estrabon, examinar los hijos despues del segundo mes y juzgarlos públicamente; si su figura es legítima y merecen vivir, el rey los absuelve; pero si no, son condenados á muerte.»

¿A qué deciros que hubo pueblos como la Fenicia, la Armenia, la Lidia, Babilonia, la Grecia y el Egipto, donde la prostitucion era un deber religioso, un acto de culto público á sus hediondas divinidades, y donde, por consiguiente, no habia doncella noble ni plebeya que se librase de tan negra mancha? (Estrabon, Herodoto y Sexto Empirico) A qué deciros que hubo pueblos como los masagetas, los bactranios, los derbices y otros ne Asia, los etiopes en el Africa y los prusianos en Europa, donde el buen hijo, el hijo que era digno de llevar este nombre, debia quitar la vida á su venerable padre septuagenario con el bárbaro pretexto de ahorrarle las penalidades de la ancianidad? (Herodoto, Onesíeretes, Estrabon, Landolfo y Hartknoch.)

A qué deciros que el divorcio, ese cáncer de la familia y de la sociedad fué el tirano que dispuso á su antojo por muchos siglos de la suerte de la infortunada mujer? ¿A qué recordaros que hubo pueblos, como casi todos, donde la sangre de innumerables víctimas enrojecia diariamente el ara de sus absurdas divinidades, sirviendo luego la carne de manjar predilecto en el repugnante festin de los sacerdotes con los parientes mas proximos, con los padres, con los hijos, con la familia en fin del sacrificado? ¡Chronos y Moloh! ¡Infames deidades! ¡Cuántos millares de víctimas contareis inmolados á vuestra quimérica voracidad! ¡Cuánta inocente sangre derramada para saciar vuestra estúpida sed!!!..

¿A qué recordaros, por último, que del uno al otro polo en todas las naciones paganas, las leyes, las instituciones, la religion, las costumbres, todo, absolutamente todo estaba como penetrado de sensualismo y gobernado por la fuerza bruta? Díganlo en voz muy alta los esclavos, los parias, los ilotas. ...

Pero no es esto solo, señores; no es sola la antigüedad la que nos ofrece estos tristísimos ejemplos de la degradacion á que ha llegado la naturaleza, la sociedad humana, cuando se ha

visto entregada á sus propios recursos; tambien los tiempos modernos ofrecen no poco que lamentar donde quiera que la revelacion no es la norma de las costumbres y de las creencias. Abrid los libros de Herrera, Gómara, Oviedo, Pedro Mártir, Antonio de Ulloa y Jorge Juan; los de Solis, Barbot, Garcilaso, Malte-Brun, Moore, Labat, Le Maire, Vaillant, Artus, Kolben, Navarrete, Charlevoix y por no aglomerar nombres, leed los anales de la propagacion de la fé; y en ellos vereis repetidos, copiados con toda exactitud, los desgarradores cuadros que de la historia antigua hemos diseñado á grandes rasgos. Lo que habeis visto practicado en los diversos pueblos del Asia, en Africa y Europa, eso mismo ni mas ni menos, vereis fotografiado en la América del Norte y en la América del Sud, en la Océanía y la Australia, en la Corea y el Japon; eso mismo vereis continuado en el Africa y el Asia, y lo que es aun mas digno de notarse, eso mismo, poco mas ó menos, vereis reproducido en pueblos que, como el Egipto, fueron en otro tiempo el emporio del saber y de la civilizacion.

A la vista de un suceso de tal naturaleza, no hay inteligencia que no se muestre ávida de conocer la causa, ni corazon que no pregunte por el remedio; y en efecto, el hecho es de tal importancia que bien merece nos fijemos un momento en el descubrimiento de una y otro.

II.

IMPOTENCIA DE LA HUMANA RAZON.—MORAL CRISTIANA.

A poco que se reflexione sobre el hecho que con tan repetidos documentos históricos acabamos de presentar, preciso es convenir en que la razon humana por mas que en sí tenga los gérmenes de verdad y de moralidad que á nadie es lici-

to negar, se encuentra tambien rodeada por todas partes de su propia finitud y expuesta por consiguiente á innumerables extravíos especialmente en la parte que concierne á las costumbres. No hemos examinado á la sociedad únicamente en su estado semisalvaje; la hemos estudiado tambien en los pueblos mas cultos como Atenas y Roma, donde la sabiduría humana debió hacer todos los esfuerzos posibles para contener al hombre en su deber; y sin embargo, en todas partes, en Atenas como en Esparta, en Roma como en el mundo bárbaro la hemos visto claudicar lastimosamente, y no ya en hechos aislados de los que ningun pueblo está libre, sino en las instituciones mismas, en la religion, en las leyes, en las costumbres; y si hubiéramos querido ahondar un poco mas, hasta en la filosofía misma la hubiéramos sorprendido.

Bien podemos, pues, sin faltar á las leyes de la lógica, antes bien acomodándonos á ellas deducir de un hecho tan universal y tan universalmente reconocido, la impotencia de la razon humana para marcar y seguir la ruta de la verdadera moralidad, el destino que la Providencia en sus eternos decretos señalara al que por su excelencia fué llamado el Rey de la creacion.

Pero si esto es lógico, si esto debe ser así, no lo es menos que la Providencia no ha podido, humanamente hablando, dejar al hombre entregado á su propia debilidad, envuelto en su miserable impotencia, y expuesto sin remedio á sucumbir ante su natural imperfeccion. No; semejante hipótesis seria de algñn modo contraria á la bondad y á la justicia de su Hacedor, no menos que á su infinita sabiduría; y es preciso rechazar como absurdo cuanto, como quiera que sea, ofenda á los indiscutibles atributos del Ser Supremo.

Al llegar á este punto no será fuera de propósito observar que la impotencia que, con la historia en la mano, venimos

demostrando, no es una impotencia física, ni mucho menos metafísica, es solamente impotencia moral que resulta no de los constitutivos esenciales del hombre, en los cuales hemos visto los primeros principios, los principios fundamentales de la ciencia y la moral, con la facultad espedita además de entender y de querer y por lo mismo de raciocinar y deducir consecuencias lógicas de aquellos principios; sino de las dificultades, de los estorbos, de los inconvenientes y de los alicientes que por do quiera le rodean, y que si cada uno en particular es perfectamente vencible, todos juntos y aglomerados aunque no sea mas que por continuidad, constituyen un obstáculo verdaderamente insuperable.

Pero además; volvamos los ojos á la historia, y veamos si por acaso encontramos el remedio al mal allí donde hemos visto y lamentado la enfermedad. En efecto, señores, al hacer nuestro rápido viaje por los diversos pueblos del globo, hemos pasado desapercibido uno, pequeño en poblacion y extension, pero que no por eso deja de ser interesante al objeto. Allí no hay merodeo ni pillage legal; allí no hay exposicion pública de infantes, ni prostitucion religiosa, ni parricidio, ni divorcio inmotivado, ni sacrificios humanos, ni esclavitud de por vida: allí hay leyes terminantes que bajo gravísimas penas prohiben cuantos excesos hemos lamentado en los otros pueblos, leyes que en medio de su terrible severidad envuelven un no sé qué de lenitivo y suavidad desconocido en todos los demás códigos: allí parece debiéramos buscar la norma de nuestra moral, si en sus libros sagrados y en sus instituciones todas no hallásemos repetido sin cesar como tema obligado, que su existencia no es propia, que sus códigos, sus creencias, su culto, sus prácticas y su razon de ser se refieren, como la sombra á la luz, á otro código, á otras creen-

cias, á otro culto, á otras prácticas y á otro pueblo que vendrá en el trascurso de los siglos.

Fácilmente comprendereis que hemos llegado al Cristianismo del que fué precursor el Judaismo.

Corria el siglo 8.º de la fundacion de Roma, el 4.º de los Seleúcidas, el 1.º de la era hispana, la Olimpiada 194, el último período de las semanas de Daniel; y cuando las puertas de Jano estaban cerradas en Roma, cuando los cántabros, partos y germanos daban un momento de tregua al Imperio, cuando el mundo entero, por una rarísima coincidencia, gozaba por todas partes de extraordinaria paz, *to-to orbe in pace composito*, nace al mundo en Judea el divino fundador de la religion cristiana Jesucristo Señor nuestro.

Jesucristo y su religion, Jesucristo y su moral; ved aquí la verdadera síntesis de todos nuestros esfuerzos; ved aquí el ideal mas perfecto de todas nuestras aspiraciones; ved aquí el astro luminoso sin cuya presencia todo fué oscuridad, y bajo cuya influencia bienhechora entró en el mundo la luz, la ciencia, la moralidad, el progreso y la civilizacion; ved aquí el poderoso auxiliar dispuesto por la providencia para marcar el camino á la humanidad, y ayudarle en su carrera. Jesucristo y su religion, Jesucristo y su moral; ved aquí el grande, el único grande acontecimiento realizado en la historia del género humano; ved aquí el poderoso elemento de vida obrando en los tiempos antiguos bajo la forma simbólica del judaismo, y en los modernos bajo la del catolicismo que, de una sociedad corrompida y degradada, ha sabido hacer sin violencia, sin auxilio humano, y sin otra máquina que la del heroismo en el sufrir, la de la caridad y la del amor universal, de todos los pueblos un solo pueblo, de todas las razas una sola raza, de todas las familias una so-

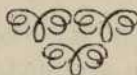
la familia y de todos los hombres otros tantos hermanos iguales ante Dios, iguales ante la ley, iguales en sus deberes é iguales en su destino, sin esclavitud, sin servilismo, sin el dominio de la fuerza bruta y sin tantos y tantos crasísimos, errores teóricos y prácticos en que sin él estuvo envuelto el mundo pagano, como ligéramente hemos reseñado *en parte* y solo *en parte*, por que segun la feliz expresion de un escritor contemporáneo: «hay museos en los cuales un hombre honrado se negará siempre á servir de cicerone.»

Señores, he terminado; y he terminado cuando debiera comenzar: he terminado, porque temo mucho seros molesto; y debiera comenzar, porque ahora es precisamente cuando entraba en el plan del discurso separar el verdadero del falso cristianismo, el catolicismo de todas las falsas sectas, la moral católica de la moral racionalista y mal llamada filosófica; campo amenísimo para la polémica, lleno de interés de actualidad, y donde por consiguiente, hubiéramos podido pasar un rato agradable y provechoso á la vez; pero, repito, temo molestaros, y prefiero dejar intacto un asunto que podrá muy bien servirnos de objeto en otra ocasion análoga.

Entre tanto sabed, que la moral que en esta casa han de aprender vuestros niños será la moral católica en toda su pureza, sin mezela de ningun género; porque la moral católica es la verdad, y la verdad no es divisible ni admite transaccion alguna con el error. Con ella y por ella, no lo dudeis, nuestros queridos jóvenes serán lo que todos deseamos; laboriosos estudiantes, sumisos y amantes hijos, corona de sus padres, para despues ser á su vez dignísimos ciudadanos, morales é ilustrados ciudadanos, ciudadanos en fin, de aquellos de quienes no me he de cansar de repetir: «Dadme un pueblo mo-

ral é ilustrado, y yo le daré todas las libertades políticas y sociales compatibles con el orden.»

HE DICHO.



**Colegio de 2.^a enseñanza en El Rasi-
llo de Cameros á 15 de Setiembre de
1870.**

José Saenz Navarrete.



